

biese caído del cielo en medio del escuadrón armado, no osando ninguno arrimarse á Jesus, si no se lo manda. *Oblatus est.* Mil veces habian hablado con Él sus émulos; conocian su voz, tenian impresas sus facciones, lo veian, como siempre, á la cabeza de sus discípulos, y esto no obstante, temen equivocarse, y tiemblan de sólo pensar que van á amarrarlo: para que esto suceda es necesario que Jesus se dé á conocer con su voz, con sus prodigios y sus reiterados mandatos. *Oblatus est, quia ipse voluit.* Y al llegar aquí, amados míos, me veo obligado á correr un velo para no ver lo que pasa en Getsemaní; yo no quiero pintaros aquel ímpetu feroz con que se arrojan sobre Él, manso cordero, aquellos tigres rabiosos. Era éste el primer triunfo de la sinagoga contra Jesus: despues de tres años de ódio y furor; despues de mil intentonas, los judíos casi no tenian esperanzas de poder apresar al Justo que los reprendía y enseñaba la verdad. Al ver que este primer ensayo les saliera bien, la alegría de haberlo hecho, la rabia de no haberlo podido hacer ántes, simultáneamente se apoderan de aquellos hombres, y en gran tumulto caen sobre Jesus. Quiero callar que, protegidos por las tinieblas de la noche, todos se disputaron el bárbaro placer de poner sus manos y piés en el cuello y pecho de Jesus; todos le pisotean, todos le hieren, repitiendo con algazara las palabras que anunciára muchos siglos ántes el Sábio: «Oprimámoslo y ahoguémoslo vivo, así como el infierno ahoga sus víctimas; quitemos su memoria del mundo, y enriquezcámonos con sus despojos. Dice que es Hijo de Dios: que venga á librarlo de nuestras manos. ¡Muera este infame, muera este enemigo de nuestras obras! ¡Muera afrentosamente!» *Morte turpissima condemnemus eum.* Quiero pasar en silencio los rugidos que dieran estos leones, porque vuestros corazones no se partan de dolor. Sí; este lugar santo se convertiría en sitio de llanto si os dijese,

con San Bernardo, que el cuello de Jesus fué agarrotado con cadenas, y que las divinas manos que formáran los cielos fueron tan fuertemente atadas, que brotaron sangre; pero yo no puedo callar lo que sucede en el alma de Jesus en este momento. ¡Qué calma! ¡Qué serenidad! Al ser apresado, tuviera Pedro una espada que encontrára aquella noche en el Cenáculo; al ver éste el atrevimiento de tanto malvado, quiere defender á su Maestro: tira de la espada, acomete, ataca, y, como atleta enardecido, se introduce en medio de los enemigos, cortando en su primer ímpetu la oreja á uno de los sicarios. En el acto mismo, Jesus hace que se suspenda el furor de los soldados; se dirige á Pedro, y «Vuelve, le dice, vuelve la espada á su lugar. ¡Qué! ¿No he de beber el cáliz que mi Padre me ha dado? ¿No sabes que puedo pedir á mi Padre muchas legiones para mi defensa?» Y diciendo y haciendo, toma en sus manos la oreja de Malco, y la restituye á su lugar. ¿Qué quiere decir Jesus con estas palabras, amados míos? No sabía todavía Pedro cuáles eran las armas de la Cruz; no sabía que el cristiano habia de vencer oponiendo á las espadas aceradas el leño de la Cruz; no sabía que cuando el discípulo de Jesus quiere resistir á sus adversarios con las mismas armas que éstos emplean, es vencido. «Vuelve, pues, le dice Jesus; vuelve ese hierro á su lugar. Yo no quiero resistir á estos hombres: ellos me vencerán á fuerza de heridas, mas yo los venceré á ellos á fuerza de humildad y sufrimiento; ellos me han de injuriar y denostar, y creerán que me han vencido, pero yo he de ser el victorioso con el silencio y la resignacion. Deja ese arma para los soldados terrenos, que tú eres soldado de otra milicia.» *Mitte gladium tuum in vaginam.*

En efecto; desde ahora empieza otro género de combate: Jesus ha de perder su fama, su gloria y su reputacion; Jesus no ha de oír sino improperios y sarcasmos, y no ha de desplegar sus lábios para justificarse ni que-

jarse: la humildad y el sufrimiento han de ser sus armas para atacar y su escudo para defenderse. Acusado falsamente, no ha de hacer más que bajar sus ojos: Él, Dios de la Majestad, se volverá el juguete de los grandes, de los pontífices y hasta de la soldadesca insolente y del pueblo soez, y no ha de desplegar sus labios para quejarse: este Hombre, de tanta fama en su país y en el extranjero, ha de ser comparado y pospuesto á hombres abominables, y todo lo ha de soportar con resignacion heróica, y de este modo ha de vencer al mundo presuntuoso y vano; así ha de postrar el orgullo del demonio, y así enseñará á los hombres á reputarse por dichosos cuando el mundo los persiga por su nombre y los arroje como á cosa la más despreciable y abyecta. Sigamos los pasos de Jesus, y quedaremos convencidos de esta verdad interesante de nuestra Religion.

Apenas el Redentor entró en poder de sus enemigos, empezó á sufrir los mayores escarnios y afrentas; presentado á Anás, es herido en el rostro por un criado adulator. Conducido al Concilio de los judíos, aparece como un reo, y toda su actitud exterior manifiesta que es un criminal encadenado por la justicia pública y legal; se le hacen algunas preguntas, y sólo responde cuando el Sumo Sacerdote le manda por el nombre de Dios que le diga si es el Cristo esperado por aquel pueblo. A su respuesta afirmativa se levanta un grito universal que lo condena á muerte. *Reus est mortis*. ¿Qué acabas de decir, Concilio malvado? ¡Jesus es digno de muerte por ser el Cristo; Jesus es digno de muerte por ser vuestro Mesías! Pero vosotros no habeis examinado á ese reo con sinceridad; la envidia y el furor son los alegatos contra éste sentenciado; no basta esto para quitar á un hombre la vida: acordaos que todo ese pueblo ha recibido de ese Nazareno favores innumerables; acordaos que no se ha oido su voz sino para decir al pueblo que siga la doctri-

na de Moisés, que vosotros explicais; tened presente que ha resucitado muertos, que ha enjugado muchas lágrimas, y que ha aliviado la indigencia y desterrado la ignorancia con su doctrina; no es digno de muerte Jesus, no. Mas yo me equivocaba: Jesus es digno de muerte por ser el Mesías. Jesus es digno de muerte; ¿y por qué? Porque ha tomado sobre sí nuestros pecados, y para librarnos de la muerte eterna que por ellos merecemos, quiere sufrir Él la muerte temporal. La sinagoga, reunida en cuerpo; sus pontífices, sus sábios, no hacen más que pronunciar de un modo sensible la sentencia que el Padre Eterno ha pronunciado contra su Hijo. Jesus representa en este momento á todos los pecadores del mundo, y conviene que muera uno que lo es en la apariencia, para que se salven todos los que lo son en la realidad. *Reus est mortis*.

Es verdad; pero entre tanto, ¿quién no se irrita al ver el inícuo proceder de la sinagoga? Aquellos jueces, que debieran ser el modelo de la moderacion, abandonar sus asientos, arremetiendo al reo por todas partes, empiezan á escupirlo en su rostro, á mesar sus barbas y cabellos, y cubriéndole la cara con un trapo, se divierten con él, sacrificando así los deberes de la decencia y el decoro á la pasion de la ira en que estaban abrasados. ¿Y qué objeto tienen estos hombres en irrisionar y escarnecer de este modo al humilde Jesus? Desacreditarlo y convencerlo de profeta falso y de impostor sacrílego. Cuantas veces habian hablado con Jesus en el tiempo de su predicacion, otras tantas éste oia sus palabras y respondia á sus pensamientos; manifestó en muchas ocasiones que ocultaban vicios abominables bajo apariencias de virtud. Al paso que Jesus alcanzaba reputacion de Profeta, ellos decaian en la estimacion del pueblo; mas cuando vieron á Jesus en sus manos, quisieron vengarse humillándolo hasta el extremo de tratarle como á un enajenado, cuya extraviada imaginacion lo exaltára hasta el ex-

tremo de hacerse gran Profeta, hijo de Dios y Mesías; para conseguirlo, le cubren los ojos, le hieren por todas partes, diciéndole con denuesto que adivinase quién era el que lo hería. *Prophetiza nobis, Christe, etc.*; de sus manos pasa á las de la muchedumbre de criados plebeyos y groseros, que, arrastrados por el mal ejemplo de sus señores, hacen los mismos ensayos con Jesus. ¡Oh qué noche tan cruel fué ésta para Jesus! ¡Cuán humillado y despreciado se vió! Cada cual de aquellos malvados hería su rostro venerable; cada cual lo ensuciaba y afeaba con sus esputos; cada cual se divertía con Él, repitiendo la misma ironía: *Prophetiza nobis, Christe; quis est qui te percussit?*

De estos insultos, perpetrados en el silencio de la noche, pasa Jesus á sufrirlos en medio de una ciudad; ansiosos los pontífices de que Jesus muera como un facineroso, hacen que pase de su Tribunal eclesiástico al civil, en donde es condenado despues de pasar por mil escenas de afrentas. Oidas que fueron por Pilatos las causas criminales que presentaban contra Jesus, reconoce en éste un sér extraordinario; no se le ocultaban sus acciones, publicadas muy de antemano por la fama, y confrontadas con las palabras atentas, humildes y sábias que Jesus pronuncia en presencia suya; se persuade que era inocente en todas sus partes, y que sólo la envidia podía haber echado mano y capturado á aquel justo. ¿Cómo lo ha de salvar, cuando en la pública plaza dice el Cuerpo legislativo de aquel pueblo que ellos tienen su ley, y que, segun ella, debe morir? ¿Cómo lo ha de salvar, cuando el pueblo, que cinco dias ántes lo recibiera en triunfo, está amotinado y pide á grandes voces que lo ponga en una Cruz? ¿Cómo lo ha de salvar, si hombres y mujeres, chicos y grandes, niños y ancianos, le amenazan con que si lo pone en libertad ha de ser tratado como enemigo del César? En vano excogita medios para llevar á cabo lo que

su conciencia le dicta, que nada consigue sino agravar más y más las afrentas de Jesus; allí se empeñó en soltarlo en honor de la Pascua, y pensando que saldria con su empresa, lo pone en comparacion con el mayor de los facinerosos que tenía, y cuyos excesos eran conocidos de todo el pueblo, y no consigue sino que Jesus sea tenido por más vil é indigno que Barrabás: aquí oye que Jesus habia andado por la Galilea, y pretende librarlo entregándolo al Rey de aquella tetarquía; mas ¿qué podía esperarse en favor del Redentor, cuando de un juez sin energía pasa á otro que vive sin pudor? De un Rey 'adúltero, incestuoso y sacrilego, que por satisfacer la ira de la compañera de su abominacion degollára al Bautista, Jesus no podía esperar sino irrisiones y desprecios. En efecto; Herodes trata á Jesus como á un agorero del paganismo; le dice que haga algun milagro en su presencia, y no contestando á sus sacrilegas pretensiones, lo trata como á un loco; nuevas bofetadas, nuevos baldones, nuevas afrentas, nuevas injurias. ¡Ah! Desde que el cobarde Pilatos pretende librar á Jesus, el teatro de su Passion se extiende y dilata hasta el extremo de que la soldadesca ponga en él sus manos. Nada tenían que ver estos hombres con los crímenes que los judíos imputaban á Jesus; eran soldados extranjeros, eran romanos que no debían hacer más que mantener el orden, y, sin embargo, en el Calvario le insultan y en el pretorio le escarnecen. Pilatos les entrega á Jesus para que lo castiguen, y poder con esto decir al pueblo que ya estaba enmendado, y aquellos inhumanos, no sólo lo azotan con crueldad, sino que le revisten una púrpura, lo coronan con espinas, lo ciñen con maromas, le ponen un cetro de caña, y, como á los histriones del teatro, lo hacen sentar en un escaño, se arrodillan ante él, y, levantándose, burlescamente le saludan, burlescamente le llaman Rey de los judíos, y, tomando la caña, hieren su cabeza y sus mejillas.

Y aquí, amados míos, mi espíritu se aniquila. ¡Qué ignominia para Jesús ser comparado con un asesino y ser ménos digno de vivir que Él! ¡Qué ignominia para Jesús ser atraillado de tribunales en tribunales, de jueces en jueces, todos venales, todos injustos y malvados! Con razon habia dicho por boca de David que no era hombre, sino gusano, oprobio de los hombres y desecho del pueblo, porque los improperios se multiplican de tal modo sobre Jesús, que más parece en su Pasion un insecto abominable, hollado y pisoteado de todos, que no hombre, por vil y abyecto que sea. No os diré que sus enemigos llevaron el encono hasta el extremo de perder todo vestigio de humanidad, pues estando en la Cruz oyó los mayores insultos de boca de los fariseos, los cuales le decian que bajase de la Cruz si era Hijo de Dios, ó le traian á la memoria su potencia miraculosa, diciéndole que la pusiese en práctica en beneficio de sí mismo. Tampoco os hablaré de la algazara de la chusma de Jerusalem, para la cual el dia de las afrentas de Jesús fué dia jocundo y festivo, pues toda la ciudad se trasportó al pretorio á pedir su condenacion, y subió al Calvario á deleitarse en ver ejecutarlo; se ve en todo esto un pueblo furioso, entregado á la embriaguez de las pasiones; un pueblo que por sus crímenes mereció ser el ejecutor de la más horrenda maldad que vieran los siglos; pero tambien se ve á un Dios que emplea todo su poder para destruir la culpa.

La victoria es de Dios, no lo dudeis; Jesús no recorre las calles de Jerusalem sino cubriéndolas todas de ignominias contra su persona; sus casas, sus patios han de ser salpicados con su sangre, y esta sangre es como maldita y execrable; Jesús no subirá al Gólgota sino entre facinerosos; nadie querrá ni tocar el palo donde ha de morir; no importa; Él mismo lo llevará en sus hombros, morirá entre afrentosos denuestos, morirá abandonado de sus amigos, vendido por un discípulo y negado

por otro; morirá, pero con su muerte destruirá al que tenía el cetro de la muerte, al demonio, que se atreviera á medir con él sus fuerzas; aquí se estrellará su orgullo; aquí desaparecerán y serán pulverizadas las armas que empleára para vencer la paciencia y mansedumbre del Dios humanado, lo que vereis en mi segunda reflexion.

#### SEGUNDA PARTE.

Treinta y cuatro años pasados en observar, en acechar y en seguir los pasos de Jesús, parece que debian haber bastado al demonio para que comprendiese que aquel hombre pasaba de la línea comun de los hijos de Adán, y era Hijo de Dios; porque apenas empezó la gran obra de la Encarnacion, resonó en el abismo la voz de alarma, y se empezó á temer la aparicion de aquella semilla divina que derrotaria el imperio del pecado, conforme Dios habia conminado al mismo demonio en el paraíso. Sin embargo, el príncipe de las tinieblas no supo jamás de un modo positivo que Jesús era Dios y hombre, hasta que se vió vencido con su muerte; Jesús se le ocultó, como se oculta el diestro cazador del insidioso tigre, que va á caer en el lazo en el momento mismo en que éste cree que va á saciar en las carnes de aquél sus furibundas garras. Sale Jesús al teatro de sus tareas, y al poco se le hace contradizo este enemigo: ¿y á dónde va? Va al desierto, va á descubrir campo, va á examinar qué fuerzas tiene aquel que ha visto nacer entre mil prodigios, y criar entre sobresaltos y persecuciones, y conservarse en Nazaret obediente á sus padres, manso, humilde, respetuoso, modesto, contemplativo, y sin que haya tenido ni una impaciencia leve, ni la más insignificante pugna entre la carne y el espíritu, ni una tentacion la más mínima; va á probar si es hombre como todos; va á ver si lo sorprende, y, á semejanza del ladron nocturno, que con todo silencio

penetra en la casa que quiere despojar, se presenta en la soledad, y allí habla á Jesus; se halla Éste hambriento despues de cuarenta dias de ayuno, no tiene pan con que alimentarse, no tiene recurso en la mano, pero el demonio se lo presenta. «Si eres Hijo de Dios, le dice, manda que estas piedras se vuelvan panes.» Jesus responde á esta sugestion maligna lo que le hubiera respondido cualquiera otro justo: sigue adelante el atrevimiento del demonio, y tomando á Jesus, lo trasporta al gran cimborio del templo. «Si eres Hijo de Dios, le dice, arrójate de aquí, pues los ángeles te han de llevar en sus manos.» A esta tentativa responde Jesus con las palabras de la ley, que prohiben tentar á Dios. ¡Qué confusion para el demonio! Por tercera vez le tienta, dándole todo el mundo, sus riquezas y sus glorias, con tal que le adore, y por tercera vez Jesus le contesta con el primer mandato, diciéndole: «Escrito está que el hombre ha de adorar á Dios sólo.» Queda, pues, el demonio en la misma incertidumbre y en las mismas dudas; pero crece su ódio contra Jesus y se propone destruirlo por todas las vías posibles. Al poco, Jesus empieza á arrebatarle almas; aquí llama á los discípulos, allí se convierte la pecadora pública, hoy hace prosélitos entre los grandes, mañana entre la plebe; con imperio absoluto manda á los demonios que salgan de los cuerpos; salen éstos gritando que Jesus es Hijo de Dios, y Jesus los reprime y no los deja hablar; cuanto más avanza Jesus en su predicacion, más son las pérdidas del infierno, menor su dominio, menor su fuerza. En vano ve esto el demonio; en vano ve á Jesus proclamado por Mesías y ungido; en vano lo ve hacer milagros y mandar á los elementos; su orgullo no le deja percibir la verdad; su soberbia no puede comprender cómo Dios se ve hambriento, pobre y desnudo. No es mia esta doctrina, amados míos; la enseñan los Jerónimos, los Agustinos, los Gregorios y los Anselmos, cuyas bellísimas palabras voy á trascribir.

«No pensaba que era Dios (Anselm., *in cap. iv, Math.*), dice este ultimo Padre, aquel que veia tan frágil; viera la estrella, viera á los Magos, oyera decir á Juan que Jesus era el Cordero de Dios: quizá oyó la voz celestial del Padre, pero creyó que Jesus era hijo adoptivo, como otros Santos; y no obstante estos prodigios, su soberbia no le dejó creer que Jesus era Dios.»

Brama, pues, el demonio, abrasado de rabia y de furor contra Jesus; sea Jesus un Profeta, ó sea más que Profeta, preciso es que muera: el orgullo le ha cerrado los ojos para que no le conozca, y el orgullo se los ha vendado para atacarlo, aunque dude de su divinidad. Sus armas contra Él han de ser la envidia, el despecho, el furor y la venganza; sus instrumentos serán los malos pontífices, los orgullosos fariseos, los soldados, los verdugos, los azotes, las espinas, los clavos, la cruz. Y, en efecto, los escribas y fariseos, que, en sentir de San Agustin, eran miembros de Lucifer, conciben contra Jesus un ódio mortal, cuyo nutrimento son las palabras, los milagros y acciones del Salvador, convertidos por la malicia de aquéllos en tósigo devorador; tres años enteros está concentrado este ódio, y aunque muchas veces quieren desahogarlo pretendiendo poner sus manos en Jesus, nunca pueden ejecutarlo, porque Jesus se les desaparece y escapa; Jesus pasa por medio de ellos, y nadie levanta la mano; Jesus enseña en el Templo, en las calles y en las plazas, y nadie puede coartar su libertad. «¿Qué haremos, pues? exclaman estos hombres; Jesus hace muchos milagros; si lo dejamos así, todos van á creer en Él, y perderemos nuestra república y nacion.—No es justo que muramos todos y Él se salve; es preciso cortar sus pasos, es necesario que muera.» Esta es la decision del Concilio farisáico, esta misma es la decision del infierno. ¡«Al arma, pues, al arma!» grita Lucifer; y á su horrisona voz, legiones innumerables salen del abismo para pre-

sentar batalla á Jesus; el huerto de Getsemaní es el primer teatro. Ya cayó Jesus, ya está preso, ya está encadenado; por esta vez no ha podido evadirse; el demonio cree que podrá atacarlo en todas direcciones, arrollarlo, envolverlo y alcanzar victoria. ¡Bestia cruel y astuta, tú caerás en el lazo que has tendido contra Jesus!

Al parecer, ¡cuánto terreno no ha adelantado Lucifer contra Dios! Él se ha introducido en la escuela de Jesus, se ha posesionado de uno de sus Apóstoles, y éste se ha presentado al Concilio, ha vomitado mil blasfemias contra su Maestro, lo ha desacreditado, ha prometido entregarlo, y lo ha vendido por treinta monedas viles; al poco, todos los demás Apóstoles lo abandonan con cobardía, y otro, que era la Cabeza del Colegio, jura que no conoce á este Maestro, lo anatematiza y detesta por unos momentos. Cuanto más encarnizado es el ataque del demonio contra Jesus, tanta es mayor su confusion y ceguedad. Con rapidez pasa Jesus de tribunales á tribunales, y en todos sale, ó condenado, ó despreciado, ó ultrajado; de los grandes pasa al populacho, del populacho á los jueces, de los jueces á la soldadesca; por todas partes llueven sobre Jesus los escarnios, las afrentas, los baldones y las humillaciones, y, por fin, un presidente cobarde sucumbe al tumulto popular, que pide á voces la muerte de Jesus. «¡Muera Jesus! gritan: y muera como un ladron, muera como un revoltoso, muera como un malvado, muera como un maldito, muera en un palo afrentoso!» Así es condenado á concluir su vida, como si fuera un asesino. Nada omite el infierno para devorar al Justo. Pilatos pretende salvarlo, y al efecto lo remite á Herodes; y esto, en vez de ser favorable á Jesus, acelera su condenacion. Eran enemigos estos dos príncipes; pero una mano oculta los une y reconcilia. «Los une el demonio, dice un sábio expositor (Theophilac., *in cap.* xxviii; *Luceæ*, vers. 12), y los une para que Jesus perezca.» Pero

¿es posible? ¡Dios ha de morir! ¡Dios, que es inmortal por esencia, ha de doblar su cerviz á la guadaña! ¡Dios, que es dichoso por esencia, se ha de ver escarnecido, burlado, afrentado y condenado como un ladron! ¡Oh amados míos! Nosotros, ilustrados por la fé, conocemos este misterio, lo creemos y lo adoramos: el Dios impasible padece tormentos; el Dios inmortal entrega su espíritu en la Cruz; mas estos misterios no son conocidos sino de los humildes. El orgulloso Lucifer no podia persuadirse de esta verdad, porque su soberbia lo endurecia en su ceguedad; él, que habia pretendido colocar su asiento sobre los astros y asemejarse á Dios, no podia concebir cómo Dios fuese pisoteado y conculcado como un vil insecto. Sin embargo, ¡qué desesperacion para Satanás!

Jesus sufre los improperios y diatribas con una mansedumbre que no se habia observado ni en Job, ni en José, ni en David, ni en ningun otro justo de los que habia habido hasta entónces. La constancia de Jesus era infinitamente superior á la de los Isaías y Jeremías y á la de los Macabeos. Jesus no ha desplegado sus lábios; no ha contestado á las imputaciones falsas; no ha defendido su inocencia, ni se ha quejado de tantas injusticias; pero ¡quizá va á sucumbir en otro género de ataque! ¡Quizá va á impacientarse al verse bañado en su sangre! ¡Ah! ¡Hasta dónde llega el atrevimiento del demonio! ¡Hasta qué punto sube su furor contra Jesus! Para poderlo vencer, toma posesion de los soldados pretorianos; lo conducen á un patio del magistrado romano, lo desnudan, lo atan á un poste, y con inaudita crueldad descargan sobre él más de cinco mil azotes; á los látigos siguen las cadenas, á las cadenas las uñas de acero; dos leones son reemplazados por dos tigres, dos tigres por dos monstruos, hasta que Jesus queda en carne viva, hasta que Jesus es una pura llaga, hasta que Jesus queda como exá-